

estado casi de esqueleto por la consuncion propia del mal, murió edificantemente el 2 de Diciembre de 1772, víspera de S. Francisco Javier á quien habia profesado en vida la más tierna devocion: su cuerpo fué sepultado con la solemnidad posible por los Padres portugueses y los de la provincia de Quito, que estaban reunidos en el Colegio de S. Jerónimo perteneciente todavía á la Compañía, pues aún no se habia dado el Breve de extincion.

CAPITULO III.

Los Jesuitas de México dispersos por el Breve de extincion.

Desde la eleccion al Sumo Pontificado del Sr. Clemente XIV en 1769, á las penalidades físicas de los Jesuitas de la provincia mexicana, se añadió la muy terrible moral de la supresion total de su Compañía en todo el orbe católico. Desgraciadamente se veia en Roma agitarse en todo sentido las intrigas y facciones para la destruccion de la Compañía de Jesus. Las Cortes de Portugal, Francia, Nápoles, España y hasta el pequeño estado de Parma, suscitaban á la Santa Sede los más incómodos litigios: ya invadiendo sus dominios, ya persiguiendo á los Nuncios, ora reclamando supuestos derechos, ora tambien asediando sin cesar al Papa por ministros altaneros y poco religiosos. "A esto se reunia, dice un escritor, que el jansenismo estaba entonces concentrado en algun modo en la Sta. ciudad, y que contaba un gran número de prosélitos entre los prelados y los mismos cardenales; pero sobre todo entre ciertos religiosos que abrigaban contra los Jesuitas aquel odio profundo, que los celos de cuerpo habian hecho nacer." Desde el pontificado anterior, en la misma Roma se imprimian multitud de libelos infamatorios contra los Jesuitas, repitiendo todo cuanto en doscientos años habian vomitado los herejes para infamarlos, y pasando más adelante se tocaban los puntos más delicados que pudiesen dar sospecha á los príncipes y alarmar á los pueblos contra esta religion: de allí mismo salian en todos los correos mil voces y noticias falsas, encaminadas á revolver con el mismo fin los ánimos de todos, haciéndose imprimir en las gacetas y papeles públicos; tanto que, hallándose inundado el mundo de infinitas mentiras, el Sr. Clemente XIII creyó deber desmentirlas de una vez, escribiendo al Nuncio de España: "que todas eran invenciones de libertinos y envidiosos, que no tenian otro objeto que desacreditar una Orden sumamente benemérita de la Iglesia." Esa persecucion se desató con más furor en el gobierno del Sr. Clemente XIV, á quien desde el principio creyeron atraer á su partido las cortes, con mayor facilidad que á su íntegro y firme antecesor, á quien no hicieron doblegar ni ultrajes, ni ofertas, ni amenazas: la imprenta anticristiana ya no reconoció límites: todo lo daba á luz, menos lo que podia ser favorable á la causa de la religion y de los calumniados: ministros infieles abusaron de su puesto para perse-

guir á los Jesuítas, áun tomándose el nombre del Papa: éste por las molestias que le causaban los embajadores y el poco apego que tenía á los hombres que le hacían mirar con desprecio los negocios, se aisló completamente de todos los príncipes de su corte, y lo que es más, hasta de los cardenales, no teniendo por confidentes más que dos religiosos de su convento de los Santos Apóstoles, llamados Buon Tempi y Francesco, hombres iliteratos y muy oscuros: los Jesuítas no tuvieron entrada en el Vaticano, siendo despedidos siempre que se presentaban á sus puertas, áun para los acostumbrados convites de sus principales funciones, como era uso de todas las comunidades: á esos motivos de descontento interior, agregábase la carestía, consecuencia inevitable de una mala administracion, viéndose el Papa por lo mismo desvanecerse día por día aquella popularidad, cuyos primeros trasportes habian sido tan gratos á su alma. No se escuchaba entre tanto sino la fatídica voz de que iba á ser abolida la Compañía de Jesus. Entre tanto los ministros y los embajadores de la casa de Borbon, estaban en guerra abierta y permanente en su mismo campo. Choiseul despreciaba á Pombal; Aranda era acusado por Grimaldi; Azpuru denunciaba á Roda; Moñino acriminaba á Azara; Bernis se quejaba sin cesar de Tanucci; y al Sacro Colegio desconfiando de Clemente XIV, y no tomando partido por los defensores del Soberano Pontífice, no se le veía medir sus fuerzas contra ellos en el Vaticano ó Quirinal (1).

A este estado de confusion y desórden á que se veía reducida la Corte romana y el gobierno Pontificio, vino á añadirse un nuevo incidente, muy desagradable para la Iglesia y no menos deshonoroso á Clemente XIV. El Conde de Florida Blanca, embajador de España, habia establecido por su propia autoridad, en un pueblo inmediato á Roma una imprenta, de donde semanariamente salian publicaciones y hojas sueltas, que servian para favorecer sus planes en la extincion de los Jesuítas, que por más de tres años habian sido infructuosos, por la resistencia del Papa y su empeño en que ellos, como lo escribió á Luis XV, fuesen juzgados como los Templarios, debiéndoles justicia y proteccion, lo mismo que á las demás órdenes religiosas. Esta resistencia que iba siendo ya dilatada y que desesperaba al Embajador, á pesar de lo mucho que hostilizaba al Papa, y de que Su Santidad pensaba librarse con las medidas parciales perseguidoras de que en otra vez hemos hablado, le impulsaron á dar el último golpe para conseguir el tan anhelado decreto de extincion. Tal fué el objeto de la publicacion del folleto titulado: "Reflexiones de las Cortes de la casa de Borbon sobre el jesuitismo," en que se hacian cargos muy fuertes al Sumo Pontífice sobre aquella estu-

[1] Documento sobre la Compañía de Jesus, obra ya citada.

diada demora, bajo mentidos y frívolos pretextos, (así se expresaba su autor), cuando muchas veces de viva voz y por escrito habia ofrecido esa extincion, como podia fácilmente ser probado por las cortes de los Borbones, y por las mismas personas que lo habian tratado con Su Santidad, haciendo varias reflexiones muy ofensivas á su persona como jefe de la Iglesia. Este folleto, que se hizo circular profusamente por Europa, llenó de escándalo á todo el mundo; y aunque victoriosamente pulverizado por el Jesuita Benvenuti, parece haber sido el que decidió al fin la cuestion en los términos que deseaban los Soberanos proscritores.

En estas tristes circunstancias, las incertidumbres, zozobras, temores y esperanzas dominaban alternativamente el espíritu de los Jesuítas. Ningun influjo tenían ellos en Roma, como lo han probado sus íntimas correspondencias y los repetidos ultrajes que recibian en todos los Estados Pontificios, por más que libelistas posteriores, como Saint-Priest, hayan avanzado lo contrario. Pero no por eso dejaban de entreverse algunos síntomas favorables á su causa, si no en un todo suficientes, á lo menos bastantes para calmarlos en parte. El primero consistia en que no era tan general la odiosidad de los soberanos á su respecto. De todos los príncipes católicos que tenían entonces una preponderancia real en Europa, María Teresa de Austria era la única que se oponia con calor á los deseos de los Borbones y al voto más ardiente de los enciclopedistas y secuaces de la escuela de Jansenio; y á la Corte de Viena se unian el Rey de Cerdeña, la Polonia, los cinco electorados del Imperio alemán y Repúblicas de que hablamos en el capítulo anterior, y además la de Venecia, para oponerse á la extincion de los Jesuítas; y el mismo empeño tenían la protestante Prusia y la cismática Rusia, á favor de los de sus dominios que asistían con tanto acierto y fruto á sus súbditos católicos. El segundo motivo de esperanza consistia en la caída del Duque de Choiseul del ministerio de Francia y su destierro en 1770 y de los Parlamentos en el siguiente año, los que fueron disueltos, como ellos habian hecho antes con la Compañía de Jesus: desembarazado Luis XV de estos cuerpos, escribe Georgel en sus Memorias, lejos de querer la supresion de los Jesuítas, habia formado el proyecto de reunir á todos los de sus estados bajo un régimen poco diferente del de S. Ignacio; lo que era ya una ventaja por una parte, en el caso de que se verificara la abolicion en Roma, y para agitar este negocio ya se podia contar con otro agente menos. El tercero: que si (como se decia) llegaba á consultarse al Episcopado universal se podia contar con una gran mayoría á su favor, tanto por el gran número que en el pontificado de Clemente XIII habia solicitado la confirmacion del Instituto, cuanto por el voto de la casi totalidad de los prelados franceses en 1762: entre todos estos prin-

cipes de la Iglesia es muy respetable la opinion de S. Alfonso M^a de Ligorio, que como dice el autor de su vida Jeancard, al saber la providencia de que se trataba, exclamaba un dia arrojando un profundo suspiro: "Pobre Papa, ¿qué puede hacer en las dificiles circunstancias en que se halla, cuando todas las coronas piden de acuerdo esta supresion? Por lo que toca á nosotros, debemos adorar en secreto los impenetrables juicios de Dios y permanecer tranquilos; porque yo os declaro que cuando no quedare en lo sucesivo sino un solo Jesuita, este todavia será bastante poderoso para restablecer la Compañía." El cuarto: que á ninguno podia ocultarse el perjuicio que por aquella medida iba á resultar á los propios intereses de la Iglesia: confesion que se escapó hasta de la boca de sus más encarnizados enemigos. Así lo reconocia el filósofo d'Alembert aunque zahiriendo siempre á la Compañía segun su costumbre. "Los Jesuitas, dice, son los *Genízaros* del Sumo Pontífice, formidables alguna vez á su mismo Señor, como los otros de la Puerta Otomana; pero tan necesarios como aquellos para *sostener su imperio*. El interés de la corte Romana es el de reprimirlos y conservarlos. Es cierto que el Czar Pedro, despidió de su servicio en una sola vez cuarenta mil Strelibzos rebeldes, que eran sus mejores soldados; pero el Czar Pedro, tenia veinte millones de súbditos, y podia reemplazar con otros la falta de aquellos; más el Papa, que no puede sostener su poder sino con la milicia espiritual que tiene á sus órdenes, no podria fácilmente reemplazar la de los Jesuitas, tan bien disciplinada, tan dedicada enteramente al servicio de la Iglesia Romana, y tan terrible á los enemigos del Sumo Pontífice." Y casi en los mismos términos se explicaba el mismo filósofo en su correspondencia con Federico II: el 16 de Junio de 1769, le escribia: "Se dice que el franciscano Ganganelli no se las promete buenas á la Compañía de Jesus, y que S. Francisco de Asís podrá muy bien matar á S. Ignacio. Me parece que el Santo Padre franciscano, como es, hará la mayor simpleza en licenciar sin más ni más su regimiento de guardias, por complacer á los príncipes católicos. Me parece que este convenio es igual al que hicieron los lobos con las ovejas, cuando pusieron como primera condicion, que estas despidiesen á los perros, y todos saben cual fué enseguida su suerte. Sea de esto lo que quiera, lo que hay aquí de singular es, que mientras sus magestades, católica, apostólica, cristiana y fidelísima, destruyen á los granaderos de la Santa Sede, vuestra heretiquísima majestad sea la única que los conserve." Y en otra de 7 de Agosto del mismo año, volvió á escribir al referido Soberano. "Se asegura que el Papa franciscano se hace tirar mucho de la manga para abolir á los Jesuitas. De nada me admiro, pues solo el proponer á un Papa que destruya tan valiente milicia, es como si se pro-

pusiese á vuestra majestad que licenciase su regimiento de guardias (1)." La opinion general de los católicos, despues de expedido el Breve, fué una prueba inequívoca de que no carecian de fundamento las esperanzas de los Jesuitas, y que estas reflexiones eran muy bastantes para calmar de alguna manera sus temores de la destruccion de su Orden.

Pero ninguna de esas razones contenian á la Corte de España y á su Embajador Florida Blanca, verdadero verdugo del Sr. Clemente XIV. Asediábalo sin cesar, y llegó á dominarlo de tal suerte con su audácia llena de jactancia, que su vista le consternaba, y bajo su influencia solo sabia temblar y quejarse del tormento que se le hacia sufrir. Diariamente se le presentaba solicitando la extincion, y valiéndose ya de un medio, ya de otros, siempre amenazantes, para arrancarle el apetecido Breve. Un dia el Papa, en tono suplicante solicitaba una nueva dilacion, á cuya propuesta contestó el petulante Embajador: "No Santo Padre. Solo arrancando las raíces de una muela, es como se cura el dolor. Suplico á Vuestra Santidad por las entrañas de Jesucristo, que vea en mí un hombre amante de la paz; pero temed que el Rey mi señor no apruebe el proyecto adoptado por más de una corte, el de suprimir todas las órdenes religiosas: si quereis salvarlas, no confundais su causa con la de los Jesuitas.—¡Ah! respondió Ganganelli; hace mucho tiempo que lo veo; esto es lo que se quiere. Se pretende más aún: la ruina de la religion católica, el cisma y tal vez la herejía: he aquí la idea secreta de los príncipes [2]. Llegó en fin el civismo del embajador hasta dar á entender al Papa, que en cambio del Breve de extincion, las Cortes de Francia y Nápoles se apresurarian á devolver á la Sede Apostólica los condados de Aviñon y Benevento, que tenian secuestrados. Clemente XIV se acordó entonces de que era el sacerdote del Dios que arrojaba á los vendedores del templo, y horrorizado de aquella propuesta, que lo haria aparecer como á otro Júdas, vendiendo por dinero á su divino Maestro, exclamó: "Basta. Sabed que un Papa gobierna las almas y no trafica con ellas." Este fué su último arranque de valor.

Inútil es decir por repetido en multitud de obras y aun algunas nada afectas á los Jesuitas, todo lo que pasó para arrancar el Breve *Dominus ac Redemptor noster*, que extinguió la Compañía de Jesus en todo el Universo católico, las grandes aficciones que causó á su autor y las repetidas confesiones que por el resto de su vida, hizo de la violencia con que le habia sido arrancado. Por lo mismo nos limitaremos á pocas palabras respecto al juicio que se ha fallado casi general-

[1] Obra repetidas veces citada, pág. 196.—Correspondencia tomo XVIII.

[2] Despacho de Florida Blanca al Marqués de Grimaldi de 16 de Julio de 1772.—Tambien lo refiere Saint-Priest, en su obra citada, pág. 134.

mente sobre esa medida. El profesor Schlosser, escribe: "El instrumento de su destruccion, (de la Compañía de Jesus) fué un Papa á quien se habia elevado á la Silla apostólica con la esperanza de que pronunciaria la supresion de esta Orden. . . . Al mismo tiempo que el cuerpo docente de los Jesuitas fué dispersado, otro de un género enteramente opuesto se elevó: él se componía de todos los que trabajaban en la Enciclopedia (1)." Otro historiador protestante, Leopoldo Ranke es de la misma opinion: "La extincion de esta Compañía, que fundó su principal arma en la instruccion de la juventud, debia necesariamente conmover al mundo católico desde los hondos cimientos hasta la esfera, donde se forman las nuevas generaciones [2]." "Entonces fué, dice el conde de Albon citado por Lamarche, cuando la Corte de Roma, armada de la espada, se adelantó para consumir un sacrificio que asombró al universo; inmoló unas víctimas cuyo precio no ignoraba, y que jamás debieron sucumbir bajo sus golpes." El cardenal Pacca se expresa en estos términos sobre el mismo asunto: "Poco á poco, dice, los buenos alemanes fueron perdiendo el respeto que tenian hácia el clero, la Santa Sede y la disciplina de la Iglesia. Mientras que subsistió la Compañía de Jesus, que tenia muchos colegios en las universidades, y escuelas públicas en diferentes pueblos, tales máximas erróneas encontraron siempre oposicion, y el mal no hizo grandes adelantos; pero la supresion de la Compañía, que tan bien habia merecido de la religion, unida á los progresos de las sociedades secretas, causó á la religion católica pérdidas inmensas. Se rompieron todos los diques, y un desbordado torrente de libros perversos é irreligiosos inundó la Alemania. [3]. El parecer del historiador Schoell acerca del Breve, lo hemos referido en el capítulo anterior, al hablar sobre la moral de los Jesuitas atacada en las pastorales de los Illmos. Lorenzana y Fuero. El filósofo Lalande, en fin, hablando de esta destruccion, entre grandes elogios prodigados á la Compañía de Jesus, lamenta su ruina en estas sentidas palabras: "La obra más bella de los hombres; obra, á la que ni aún se acercará jamás ningun establecimiento sub-lunar, ha sido destruida sin remedio por dos execrables ministros. . . . La especie humana ha perdido para siempre y no recobrará jamás aquella preciosa y admirable reunion de veinte mil individuos, ocupados sin reposo ni interés, en la instruccion, en la predicacion, en las misiones, en las reconciliaciones, en los socorros á los moribundos; es decir en las cosas más útiles y caras á la humanidad. . . . el más admirable conjunto de sabiduría y de virtud. . . . un pueblo de héroes para la religion y la humanidad. [4]"

[1] Historia de las revoluciones etc., ya citada, tomo I, pág. 82.

[2] Historia del Papado, tomo IV, pág. 500.

[3] Memorias históricas, pág. 13. [4] Año filosófico moral y literario.

No fué ménos explícita la opinion del Episcopado francés y de algunos Cardenales acerca del Breve. El Illmo. Sr. Beaumont dirigió al Sr. Clemente XIV una carta en el particular á nombre de todo su clero, en que le dice terminantemente, que ese Breve no era mas que un juicio aislado y particular, pernicioso, poco honroso á la Tiara, perjudicial á la gloria de la Iglesia y á la propagacion y conservacion de la fé ortodoxa, que por lo mismo no era posible que pudiera encargarse de hacer que su clero lo aceptase. De los dos célebres cardenales Antonelli y Calini, el primero le ha llamado ilegal bajo todos aspectos, pues en él están violadas las leyes más sagradas que el soberano Pontífice jura observar; y los fundamentos sobre que se apoyó no consisten sino en acusaciones fáciles de destruir, vergonzosas calumnias y falsas imputaciones: el segundo, citando al Sr. Pio VI los procesos formados en la época de la extincion, que tenia en su poder, y haciendo referencia á la opinion del catolicismo sobre aquel escandaloso hecho, le asegura terminantemente con argumentos innegables, que "la Compañía habia sido injustamente destruida por una cábala de cuatro ó cinco ministros, que careciendo de religion habian empleado todos los esfuerzos imaginables para destruir á los que la propagaban con todas sus fuerzas; enemigos declarados de la Santa Sede resolvieron acabar con los que, siempre fieles sobre el campo de batalla habian defendido con sus obras y aún con la efusion de su sangre á la cátedra de San Pedro. . . . Para atacar ó inculpar á los Jesuitas se han hollado todas las leyes. Es muy cierto que ha sido destruida esta Orden sin ser citada ante ningun tribunal, por consecuencia sin oír su defensa, como tambien lo es que los hechos de varios Cardenales, que preludiaron la abolicion de la Compañía unidos á otros que la acompañaron y subsiguieron, son una deshonor para la Santa Sede, y aun me atreveré á decir que para la humanidad. Vuestra Santidad conoce la inocencia del jefe, del cuerpo, y de sus miembros. . . . [1]"

El pueblo romano no manifestó menor repugnancia en su parte juiciosa é ilustrada, á aquella medida, y para aquietar á la menos pensadora, fué indispensable hacerle ciertas concesiones. Así lo ha confesado Saint-Priest: "Aunque descontentos por la destruccion de los Jesuitas, dice, la nobleza y el mismo Sagrado Colegio, guardaron silencio. Los transtiberinos, cuya cólera temia Ganganelli, lo recibieron con entusiasmo; una rebaja diestra sobre el precio de ciertos víveres habia preparado esta acojida [2]." Esta narracion sin embargo es inexacta: bien podria por influjo del partido haberse

(1) Todos estos documentos que no podemos copiar por difusos, y de que solo se han tomado algunos trozos, pueden verse en la obra tantas veces citada, Clemente XIV y los Jesuitas, edicion de México de 1849, pág. 283 á 316

[1] Obra citada pág. 157.

hecho alguna manifestacion de parte del pueblo, por algunos comprados al efecto; pero lo contrario ha sido referido por un testigo ocular, el Cardenal Pacca, como tendremos ocasion de decirlo en otra vez.

Ese disgusto que hubo en Roma por el Breve de Clemente XIV, fué general en todo el orbe católico, como puede verse en las historias eclesiásticas modernas. Por lo que hace á México, á pesar de las exterioridades de magnífica impresion con que se publicó y de las recomendaciones de ciertos Prelados y religiosos, cuando menos se vió con dolor, y segun la tradicion de nuestros padres, que solo el temor de incurrir por una parte en las censuras que fulminaba el mismo Breve, y por otra en las severas penas de la Pragmática de Carlos III, hicieron enmudecer á la sociedad mexicana. Sin embargo, hubo un hecho que demostraba hasta qué punto se daba crédito á las acusaciones de la Corte romana, secundando las de la Península española. Se tomó grande empeño en conservar todas las cosas pertenecientes á los Jesuitas; la devocion á sus Santos y los retratos de los principales sujetos que habian florecido en la Provincia. Cerca de un siglo despues de la expulsion, en el despojo hecho por las leyes de la reforma, de los conventos, colegios y monasterios de religiosas, se ha visto el grande acopio de esos retratos que encerraban sus paredes.

Esta opinion del catolicismo sobre el Breve, forma gran contraste con la conducta observada por el partido anticatólico y perseguidor. Este manifestó al principio un gozo extraordinario: los enemigos de la religion felicitaron á Clemente XIV por dicho Breve, lo que le causó suma humillacion. En Lisboa se solemnizó con un *Te-Deum* la supresion de la Compañía, los calvinistas franceses refugiados en Holanda la celebraron con fiestas públicas, la iglesia jansenística de Utrech hizo acuñar una medalla en honor del que acababa de consumir la ruina; el ministro Roda se llenó de júbilo, pues que con esa providencia salió triunfante de la que él llamaba *Operacion cesárea* hecha en la Compañía y ya preludiaba con ella la completa victoria sobre la fé de Roma. “El éxito feliz, dice en una carta, ha sido completo. La operacion nada ha dejado que desear. Hemos muerto al hijo, ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana.” En Francia decia d’Alembert: “En este momento todo lo veo color de rosa, establecida la tolerancia, llamados los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, aniquilado el fanatismo.”

Los modernos adversarios de la Compañía, prevaliéndose de la ignorancia de sus lectores han procurado, aunque en vano, ocultar esa conspiracion de los enemigos de la iglesia para destruir á los Jesuitas. Pero la Providencia, que vela á favor de estos ha hecho que

algunas veces se escape esa verdad de sus plumas. Así es que en corroboracion de lo dicho, el tantas veces citado Saint-Priest se expresa sobre el particular en los siguientes términos: “Los Jesuitas servirán de blanco á los ataques de los ministros filósofos y de los parlamentos jansenistas. . . . Aranda, presidente del consejo de España, Moñino, Roda, Campomanes, ministros inferiores, estaban ciertamente impregnados del veneno de las doctrinas modernas. . . . El cardenal de Bernis (encargado por la Corte de Francia de negociar en Roma la abolicion universal del Instituto) no olvidaba la opinion pública que partia de Ferney, dirigiéndole á Voltaire no pocas cartas familiares. . . . Despues de haber desterrado á los Jesuitas de sus propios Estados, hacian punto de honor los Borbones de hacerlos desaparecer de la tierra. A pesar de la debilidad del Pontificado, esta empresa no dejaba de ser complicada, porque al fin era necesario arrancar este sacrificio de la misma Santa Sede, y ella era la que voluntariamente debia licenciar esa milicia que habia visto nacer el siglo XVI, enteramente armada para combatir el espíritu novador. ¿Y debia dejársela perecer bajo los golpes de una filosofía mentirosa? ¿Habian de reconocerse los derechos de esta hija de la Reforma, más perjudicial que su madre. . . . ? Despues de la supresion del Instituto por Clemente XIV, los filósofos, enemigos declarados hasta entonces de la Santa Sede, entonaron un himno en su alabanza. Se convirtió el Papa en héroe del *Mercurio* y demás papeles periódicos.”

Pero aquel gozo fué de corta duracion, y brevemente desapareció aquella uniformidad aparente de opinion. “Los filosofistas, escribe César Cantú, que habian cooperado á que se descargara el golpe, entonces se servían de la supresion como de pretexto para desahogarse con insultos contra la religion, tachándola de perseguidora. Voltaire elevó hasta lo más alto á los Jesuitas; d’Alembert se sirvió de la supresion como de arma para acometer con arrojo á los jansenistas, poniendo en contraste la intolerancia de estos con la condescendencia de aquellos, y proclamó que la Compañía era un nuevo holocausto á la supersticion; pero ninguno ignora lo que encubrian bajo este nombre los filosofistas (1).” Pero aun le estaban reservadas otras mortificaciones al Papa. Luis XV de acuerdo con los Obispos, prohibió la publicacion de su Breve; el Rey de Nápoles, el de Prusia, la Emperatriz de Rusia lo prohibieron igualmente, y esta con pena de muerte; el Rey de España, que tanto habia trabajado para obtenerlo, lo calificó de insuficiente porque habia querido una Bula; la Inglaterra conservó á los Jesuitas en su reino, y el Emperador de la China no consintió en la salida de sus misioneros y les siguió

[1] Historia de cien años.—México 1854, página 93.